

Zaragoza, ciudad creativa: edificios singulares, nuevos espacios para la cultura y el arte en el siglo XXI

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ MARTÍNEZ y CONCHA LOMBA SERRANO

Cuando el 31 de enero de 1977 Renzo Piano y Richard Rogers inauguraban en el parisino barrio de Les Halles el que, durante muchos años, sería su buque insignia, el Centro Georges Pompidou, comenzaba una nueva era para los museos, tanto conceptual como arquitectónicamente, al tiempo que aumentaba su consideración social.

Conceptualmente su definición respondía a la demanda social que reclamaba transformar los antiguos templos del arte en lugares abiertos al público, a la sociedad y a los creadores, en los que tuvieran cabida las nuevas manifestaciones artísticas que en aquellos momentos estaban emergiendo como corrientes novedosas; una propuesta encabezada por lo más granado de la historia del arte y de la museología de por aquellas fechas como el siempre brillante y polémico Jean Clair, luego director del Museo Picasso de París, especialistas en arte contemporáneo como Pontus Hulten, Harald Szeemann, y museólogos de renombre como Henri Rivière.¹

Para ello se eligió el término centro. La institución nacía con el propósito de convertirse en el lugar de encuentro cultural de la moderna sociedad cosmopolita europea y occidental, trascendiendo el concepto tradicional de museo del que, sin embargo, no prescindía sino que lo incorporaba en su seno. Fue así como el *Beaubourg* asumió las colecciones del Museo Nacional de Arte moderno sito en el Palacio de Tokyo con el taller del escultor Brancusi,² añadiéndole el “Centre de Création Industrille”, la “Bibliothèque Publique d’Information” y el “Institut de Recherche et de Coordination Acoustique/Musique”. Es decir, reordenaba las colecciones francesas contemporáneas, un empeño que por sí solo no pasaría de ser una reforma completamente necesaria, añadiéndole un cúmulo de nuevos servicios —a los ya citados con anterioridad hay que sumar la sala de conciertos, las de conferencias, librería, tienda,

¹ GAUDIBERT, P., HULTEN, P., KUSTOM, M., LEYMARIE, J., MATHEY, F., RIVIÈRE, H., SZEEMAN, H. y WILDE, E. DE, “Problèmes du musée d’art contemporain en Occident”, *Museum*, XXIV, 1, 1972, pp. 5-32.

² El Museo Nacional de Arte Moderno, situado en el Palacio de Tokyo, fue creado en 1937 para albergar el arte contemporáneo; comenzaba su discurso con la Escuela de Pont Aven, los sucesores de Gauguin y los neoimpresionistas. Su vida acabó, precisamente, con el traslado de sus fondos al nuevo museo nacional, denominado Musée National d’Art Moderne.

restaurantes...— y actividades relacionadas con las manifestaciones artísticas contemporáneas convirtiéndolo en el primer museo europeo que avanzaba la idea de centro cultural.

En consecuencia, tanto su estructura como su osatura arquitectónica debían responder a esta idea, de manera que los entonces jóvenes Piano y Rogers construyeron un edificio de carácter industrial, similar a un mecano, de muros transparentes, en el que destacan el entramado de barras, tubos de fuertes colores y elementos tecnológicos que caracterizan sus fachadas y los sistemas circulatorios. Una definición que rompió la larga tradición que arrancaba del siglo XVI, al desacralizar aquella mítica concepción de la arquitectura museística como templo de las artes, al tiempo que cumplía su papel, pues no sólo servía funcionalmente a los cometidos impuestos, sino que implicaba su definición.

Su imagen contrasta vivamente con la arquitectura de su entorno —esos edificios decimonónicos, algunos de carácter modernista, otros provistos de las características mansardas...— y consiguió hacer realidad aquella aspiración planteada por el propio presidente de la República que lo encargó: la de revitalizar social y urbanamente la zona deprimida en la que fue construido, completamente alejado, por cierto, de los centros museísticos parisinos por excelencia.

Todas aquellas ásperas críticas que recibió en su inauguración —incluso las que se produjeron tiempo después— se estrellaron contra los resultados obtenidos, mucho mejores de los que cabía esperar. El *Beaubourg* o, si se prefiere, el Centro Nacional de Arte y Cultura Georges Pompidou se convirtió en un hito conceptual y formal del que bebieron, con las modificaciones pertinentes, buena parte de los modernos museos nacidos desde los años ochenta; creó el concepto de centro cultural. Y, al tiempo, inauguró una nueva era en la que la arquitectura museística se convirtió en el elemento de referencia para el desarrollo urbano y social de las ciudades, y a sus artífices en las estrellas más reclamadas de la constelación artística.

Con el Centro Georges Pompidou comenzaba una nueva etapa, que culminaría veinte años más tarde al construirse el Museo Guggenheim de Bilbao junto a la ría del Nervión y que todavía se implementaría al erigirse o rehabilitarse nuevos edificios concebidos como plataformas de creación artística, de tal manera, que el museo, tras décadas de crecimiento y transformación tipológica y arquitectónica se ha convertido en un complejo instrumento de transformación urbana y de creación cultural. La mezcla de los conceptos ciudad y creación, por tanto, ha propiciado la proliferación de museos y centros culturales, que se convierten en el emblema del desarrollo de cualquier ciudad que aspire a

posicionarse en el panorama internacional, como en su día lo hizo París con el Centro Pompidou o Bilbao con el Guggenheim, y Zaragoza no podía ser menos.

Ciudad milenaria, la capital aragonesa acumula un patrimonio histórico, sedimento de diversas culturas, que hacen de ella una urbe prototipo o palimpsesto de la propia historia española. Entrado ya el siglo XXI, la ciudad busca resituarse en el contexto de la industria cultural, del turismo y del ocio europeo, a través de diversas infraestructuras en las que confluyen iniciativas públicas y privadas. Si la Exposición Internacional de 2008 fue un hito urbanístico y arquitectónico que ha servido para recuperar zonas que no estaban bien integradas en la ciudad (las mismas riberas del río entre otras), el impulso cobrado en aquel momento ha ayudado al relanzamiento y a la puesta en marcha de diversos proyectos culturales, con todas las luces y sombras que iniciativas de este tipo pueden plantear.

Este es el contexto en el que la revista *Artigrama* decide dedicar la parte monográfica del presente número al tema “Zaragoza, ciudad creativa: edificios singulares, nuevos espacios para la cultura y el arte en el siglo XXI”, en el que se incluyen estudios puntuales de los museos y centros culturales más relevantes de la ciudad. Se trata de una radiografía de las infraestructuras culturales en un momento concreto de la ciudad, que sin duda tendrá gran valor para los investigadores presentes y futuros, puesto que aporta (ese era nuestro objetivo) la presentación y análisis de la situación de todos estos espacios culturales al concluir 2013. Para ello hemos contado con la experta opinión de quienes mejor los conocen: sus gestores y responsables técnicos. En este sentido, quizás algunos de los artículos se apartan de la tradicional orientación de esta revista, estrictamente ligada al marco de la investigación histórica, pero, a cambio, aportan la experiencia de la gestión en unos textos que quedarán como fuentes de uso obligado para aquellos profesionales que en el futuro deseen conocer la filosofía que inspiró a los principales museos y centros de arte de la ciudad en el segundo decenio del siglo XXI, quiénes eran los promotores culturales y en qué medida todo ello ha incidido en el tejido urbano de la Zaragoza moderna, singularizándola.

Entre los centros incluidos en este monográfico se encuentran instituciones ya históricas en Zaragoza como el Museo Ibercaja Camón Aznar, el Museo Pablo Gargallo o el Palacio de Sástago, espacios dedicados a la cultura artística contemporánea como el Paraninfo universitario, el conocido como Museo Pablo Serrano y el Centro de Historias, y nuevos centros como Etopía, orientados a la producción y difusión de las artes visuales relacionadas con la tecnología. De cada uno de ellos se presenta

aquí un artículo redactado por sus directores o los técnicos competentes que conocen de primera mano su historia y funcionamiento.

Los análisis de los responsables de estos centros se completan en este monográfico con estudios de especialistas en arquitectura y urbanismo del Dpto. de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza que reflexionan sobre diversas cuestiones relacionadas con el tema, aportando una mirada adicional.

Los dos primeros han sido concebidos como interesantes ensayos sobre la naturaleza y situación de los espacios expositivos en Europa y España que, sin duda, nos permitirán entender mejor lo acontecido en la ciudad de Zaragoza. En las últimas décadas, y siguiendo una tendencia iniciada con la inauguración del *Pompidou* a la que aludíamos al comienzo de este texto, se ha constatado el refuerzo del papel del museo como elemento clave en la industria cultural occidental. Lo singular es que, frente al modelo tradicional de museo y al de centro cultural, están apareciendo nuevas propuestas que intentan resolver satisfactoriamente las demandas de artistas, público y comisarios. Y de nuevo la historia se repite.

Los profundos cambios acontecidos en los procesos de creación, difusión y recepción de las obras de arte exigen soluciones diversas a las ofrecidas décadas atrás. Ascensión Hernández explora, de manera harto sugerente, este panorama a través del análisis de tres museos y centros culturales europeos creados en los últimos años: el Museo de Arte Moderno de Bolonia, MAMbo, creado en 2007; la Colección Boros inaugurada en Berlín en 2008; y el funcionamiento del actual Palais de Tokyo de París (2000 y 2012); a la vez que establece relaciones entre la estética y el pensamiento contemporáneo, la arquitectura y la intervención en el patrimonio arquitectónico histórico. Por su parte, la profesora María Pilar Biel Ibáñez, experta en patrimonio industrial, propone una innovadora visión de los nuevos modelos de gestión cultural desarrollados en este ámbito. En el momento actual, de crisis económica y del sistema del arte propiciado por la posmodernidad, la administración se plantea una nueva forma de gestionar la cultura que se expresa en la fórmula de las fábricas de creación. En su texto se analizan tres interesantes casos: Fabra i Coats (Barcelona), La Fábrica de Chocolate (Zaragoza) y Centro Social Autogestionado La Tabacalera (Madrid), como ejemplos de puesta en práctica del modelo y de cómo este se inserta en los espacios industriales, apuntando nuevas soluciones en la gestión cultural que resultan llamativas tanto por su implicación social como por los resultados prácticos y estéticos desde el punto de vista de la difusión y la conservación del patrimonio industrial, que podría servir de modelo de actuación en otros lugares. Y, finalmente, la profesora Isabel Yeste Serrano, por su

parte, ofrece una aproximación a los nuevos espacios expositivos creados en Zaragoza, como introducción a los estudios monográficos de los mismos aportados por sus gestores y responsables. Proporciona numerosos y valiosos datos históricos sobre estas instituciones, a la vez que analiza sus peculiaridades arquitectónicas, para finalmente analizar su ubicación en el entramado urbano de la ciudad señalándola aparición de nuevas zonas culturales en la ciudad, frente a la tradicional centralidad de las infraestructuras relacionadas con el arte y la cultura.

I. Zaragoza, los primeros pasos en su transformación cultural

La Cesaraugusta romana, la célebre zaraqosta islámica, la bellísima ciudad renacentista definida ya a fines del siglo XVI, la que amplió sus calles con palacetes modernistas y que modificó su perímetro urbano al calor de la Exposición Hispano Francesa, se sumó muy tempranamente a la modernización cultural que, desde fines de los años setenta, pero esencialmente en los ochenta, llevaron a cabo las principales ciudades europeas. Las primeras actuaciones —las que ocuparon los centros urbanos, creando museos— fueron las más canónicas entre la política cultural más avanzada.

El proceso comenzó con la instalación, ya en aquel lejano 1976, del Museo Ibercaja Camón Aznar en uno de los palacetes más bellos de los construidos durante ese primer renacimiento, aunque posteriormente fuera modificado, en una de las arterias principales de la Zaragoza romana y partiendo de una colección particular: la del estudioso y crítico José Camón Aznar, a través de la actuación de una entidad bancaria. El museo inauguraba una forma de proceder poco habitual en el territorio español, más propia del ámbito anglosajón por aquellas fechas, y que ha logrado asentarse en el imaginario colectivo de la ciudad y situarse entre la mejor oferta turística merced a su privilegiada ubicación, pues a nadie se le oculta que son precisamente los alrededores de la Basílica del Pilar los lugares preferidos por el turismo mayoritario, y las colecciones goyescas que atesora y el reclamo publicitario que de ellas hace las obras de arte más solicitadas.

Como subraya su directora, Rosario Añaños, contamos con este centro gracias a la generosidad del historiador y crítico de arte José Camón Aznar, y al apoyo de una entidad bancaria, la actual Ibercaja, que posibilitó la exhibición de la colección de Camón en un espacio sobresaliente: en uno de los más singulares edificios renacentistas de nuestra ciudad, la antigua casa palacio de Jerónimo Cósida, situada en el centro histórico de Zaragoza, en la proximidad a la plaza del Pilar.

Inaugurado en 1979, su aspecto actual se debe a una profunda renovación arquitectónica y museográfica realizada entre 2007 y 2008, que ha servido para modernizar y presentar de la manera más adecuada a las necesidades expositivas contemporáneas, una colección que viene a completar muy bien el panorama del arte español histórico y contemporáneo de otros museos de la ciudad. Como en el caso del Palacio de Sástago y en este caso desde el ámbito privado, el Museo Camón Aznar no se ha conformado con la exhibición de las obras de arte, sino que desde hace décadas desarrolla un activo programa de exposiciones y actividades culturales que han hecho de él un referente para la ciudad, y una institución que ha colaborado de manera muy especial con la Universidad de Zaragoza. Orientado al estudio y difusión del arte español histórico y contemporáneo, la labor del museo se ha definido en diversos ámbitos específicos: la exhibición de obras propias de la colección y muestras temporales, la formación continua a través de seminarios específicos sobre arte español, con especial incidencia en ambos casos en la figura de Goya y en las artes del grabado, el fomento a la creación artística, vinculado con los premios a artistas jóvenes, y el apoyo a la investigación a través del *Boletín del Museo Camón Aznar*, que periódicamente publica estudios sobre la materia.

A mediados de los años ochenta, en plena eclosión de democratización cultural, el nuevo gobierno municipal se sumó a la política europea inaugurando un Museo monográfico dedicado a uno de los mejores escultores de la vanguardia internacional, Pablo Gargallo, en un edificio histórico y en el centro histórico de la ciudad, tal y como mandaban los cánones de la ortodoxia cultural más avanzada. Un edificio y una institución que ha desempeñado un papel sustancial en el entramado cultural de la Zaragoza moderna merced a las actividades llevadas a cabo y a la forma de presentación del ya ampliado museo y que, lejos de las grandilocuencias con las que los ochenta nos gratificaron, se concibió desde sus inicios a la medida clásica de aquella fastuosa vanguardia. Y ello, como apunta Rafael Ordóñez Fernández, gracias a la estrecha colaboración que la hija del escultor mantiene con la ciudad y con el Museo.

Otro tanto ocurría al poco tiempo con otro de los edificios históricos más hermosos de aquel renacimiento tan singular, ubicado igualmente en pleno centro urbano. Sólo que, en este caso, el conocido como Palacio de Sástago se convirtió en un centro cultural, en el que entre hermosas columnas renacentistas, se fueron ubicando las piezas de los creadores internacionales más avanzados de la época. Otro modelo de desarrollo cultural que ha tenido una merecida y reconocida respuesta ciudadana. El espacio elegido y el modelo implantado han contribuido a ello.

En efecto, el Palacio de Sástago fue adquirido por la Diputación Provincial de Zaragoza en 1981 e inaugurado como centro cultural en 1984, dentro del contexto de recuperación de los centros históricos españoles y de potenciación de las infraestructuras culturales que caracterizó a la entonces joven democracia española. Desde aquel momento, el palacio ha sido el marco en el que se han realizado sin interrupción durante ya tres décadas, numerosas e importantes exposiciones temporales sobre artistas aragoneses, nacionales y extranjeros (casi 300 muestras en este momento), como analiza José Ignacio Calvo Ruata, Doctor en Historia del Arte y técnico del Servicio de Restauración de la Diputación Provincial de Zaragoza. Las actividades desarrolladas por esta institución se completan con conciertos, conferencias y seminarios, presentaciones y la existencia de un riquísimo archivo-biblioteca bautizado con el nombre *Biblioteca Ildefonso Manuel Gil* en homenaje a este literato y erudito aragonés, con unos fondos especialmente importantes para la historia y la cultura aragonesa.

II. En el nuevo milenio el perímetro y la oferta cultural se amplían

A aquellos museos y centros de arte creados durante los años ochenta se fueron sumando nuevos modelos en toda Europa, que han tenido su equivalencia en la capital aragonesa. Se trata de actuaciones que, con más o menos titubeos, han ido completando las tradicionales manifestaciones artísticas propias de la contemporaneidad, al tiempo que se iban desperdigando por otras zonas urbanas y alejadas de los circuitos turísticos y culturales al uso que, en algunos casos han modificado los propios barrios en los que se insertan, mientras que en otros han abierto nuevas posibilidades de disfrute y uso entre los perfiles sociales que los caracterizaban.

En el centro neurálgico de la ciudad, pero fuera del recinto histórico, se alza el que, sin duda, constituye uno de los lugares consolidados en la escena cultural zaragozana: el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza.

Este edificio histórico, el más antiguo de nuestra Universidad en el momento, representa no solo uno de los episodios más brillantes de la arquitectura contemporánea aragonesa, puesto que es la mejor obra del arquitecto Ricardo Magdalena Tabuena, sino que es, además, el símbolo de la cultura universitaria y de su proyección a la sociedad aragonesa. Inaugurado en 1893, este edificio centenario que ha estado en permanente uso desde su apertura, ha experimentado un exitoso proceso de rehabilitación entre 2006 y 2008, que ha servido para acondicionarlo a nuevos usos, algunos estrictamente universitarios, otros culturales. El Paraninfo es el buque insignia de nuestra universidad y de su política

cultural. En él se celebran numerosos actos académicos, desde las ceremonias inauguraciones de curso hasta seminarios y congresos nacionales e internacionales, y se desarrolla una intensa actividad cultural que incluye ciclos de cine, exposiciones de arte producidas por la propia universidad o en colaboración con otras instituciones. El Paraninfo acoge, además, parte del importante patrimonio artístico de la Universidad, desde obras como la hermosa escultura sedente de *Santiago Ramón y Cajal*, alumno y profesor de la Universidad y premio Nobel de Medicina en 1906, tallada en mármol en 1925 por el reputado escultor valenciano Mariano Benlliure, la magnífica colección de tapices de los siglos XVI al XVIII, además de obras de artistas contemporáneos que integran la colección de arte universitaria. Su posición central en la trama urbana de la ciudad lo convierte, asimismo, en un punto estratégico en las infraestructuras culturales zaragozanas. Su vocación de espacio abierto al público local y visitante, hace de él un punto de referencia en la ciudad.

Su funcionamiento ha logrado que un lugar en el que los usos culturales apenas eran una vaga referencia en torno al Patio de la Infanta, se convierta en un centro de obligada referencia. Desde allí, la excéntrica situación del Museo Pablo Serrano y el próximo CaixaForum bien podrían convertirse en una nueva ruta cultural de la creación contemporánea más novedosa y diversa, configurando otro interesante polo de atención para el desarrollo y la fisonomía de la ciudad.

Tras el Paraninfo, el museo dedicado, inicialmente, al escultor Pablo Serrano, sería su segundo hito. Se trata de un edificio de nueva construcción denominado *Instituto Aragonés de Arte y Cultura Contemporáneos Pablo Serrano*, situado fuera del centro histórico, en el borde del mismo en el paseo de María Agustín. El museo es fruto de un complejo proceso de renovación y refundación no exento de cierta polémica (incluida la del proyecto arquitectónico, al tratarse de una costosa ampliación de un edificio industrial preexistente ya reutilizado como museo en una primera fase). Su directora, la conservadora María Luisa Cancela Serrano, explica la génesis y evolución del mismo en un minucioso estudio, en el que hay que subrayar la creciente importancia de los fondos, ya que a la colección inicial del artista turolense, se han ido añadiendo importantes compras y donaciones como las obras procedentes de la Colección Circa XX de Pilar Citoler y las obras donadas por la familia del artista Salvador Victoria, que nutren de esta manera el fondo de arte contemporáneo no solo de esta institución, sino también de la ciudad. Este conjunto se ha ido enriqueciendo, asimismo, con ingresos fruto de las políticas de fomento de la creación artística, programas de adquisiciones directas, premios y concursos de jóvenes valores y artistas emergentes. Además se incorpora

ron obras que permanecían en espacios de representación, despachos y otros centros dependientes de la DGA y que por sus especiales características y consideración artística deben integrarse en la colección permanente del museo, favoreciendo una reunificación de fondos. Todo esto ha contribuido a formar una notable colección que se articula en torno al arte español del siglo XX y que complementa adecuadamente en este ámbito las infraestructuras culturales aragonesas. Es reseñable, además, la relevancia del programa pedagógico desarrollado por este centro en relación con el público infantil. Son continuas las actividades diseñadas para niños y familias, tanto a partir de la propia colección como de la mano de artistas invitados. Esta tarea, a menudo silenciosa e inadvertida, sin embargo está consolidando el museo como uno de los activos en el ocio cultural de nuestra ciudad.

Y prosiguiendo por esa misma avenida, el nuevo CaixaForum, un nuevo centro cultural que se añade a los ya existentes en nuestra capital, de próxima inauguración (junio 2014), que se integra en la red extendida por todo el país por esta entidad. Presentes ya en Mallorca (1993), Barcelona (2002), Madrid (2008), Girona (2011), el CaixaForum Zaragoza, cuyo proyecto arquitectónico se debe a la arquitecto Carme Pinós, cuyo estudio ganó el concurso restringido para la construcción del edificio el año 2008, forma parte de un ambicioso proyecto cultural municipal denominado “Milla Digital”, concebido por el Ayuntamiento de Zaragoza con la intención de integrar una zona que ha quedado sin uso (la correspondiente a la antigua estación del Portillo, al trasladarse ésta a la nueva estación del AVE, Zaragoza Delicias). Un proyecto en el que se integraban diversos usos (empresas, equipamientos y viviendas), unidos por un elemento común: la utilización de las tecnologías más avanzadas.

Esta milla concluiría en la zona próxima a la estación del AVE, donde se encuentra situado Etopia, un centro abierto por iniciativa municipal dedicado al arte y la tecnología en el que la cultura digital ocupa un papel protagonista y que, poco a poco, desempeñará un papel más importante en el seno de las nuevas tecnologías artísticas.

En el mismo campo de la cultura artística contemporánea se encuentra el Centro de Historias, ubicado en el otro extremo del recinto urbano de la ciudad histórica, en otro lugar que, hasta su inauguración, constituía un barrio residencial carente de usos culturales. El moderno centro es una institución municipal situada en los restos del antiguo convento de San Agustín, edificio histórico destrozado en la guerra de la Independencia y objeto de un profundo proceso de intervención acometido entre 2000 y 2003, que sirvió para consolidar parte de los restos, añadiendo un edificio de nueva planta que serviría para responder a las necesidades de un

moderno centro cultural del siglo XXI. César Faló Forniés, coordinador técnico de Zaragoza Cultural, explica la compleja historia del recinto, los avatares de su gestión, sus transformaciones, para después abordar el análisis de aspectos tan cruciales como la proyección social de la institución (algo muy relevante puesto que se encuentra situado en una zona muy compleja socialmente), sus objetivos y su programa de acciones, encaminadas básicamente a contar historias contemporáneas, tanto en el ámbito específico del arte como de la vida cotidiana. Como afirma César Faló, no fue concebido como un espacio dedicado en exclusiva al arte contemporáneo, aunque han sido muchas las actividades desarrolladas en este ámbito, generalmente exposiciones y seminarios, además de talleres y encuentros de artistas y gestores culturales; pero hay que reseñar la proyección internacional que ha tenido, puesto que gracias a las relaciones y contactos mantenidos con otras instituciones y equipos culturales, entre ellos algunos de los más relevantes en el panorama nacional como el FAD, el CCCB, la Casa Encendida, la Fundación Caixa Catalunya, etc., han permitido ver en nuestra ciudad muestras de arte latinoamericano, asiático, africano, convirtiéndose en una plataforma de la cultura artística contemporánea también por el significativo apoyo que han concedido a numerosos colectivos artísticos y sociales de la ciudad. De hecho, se han consolidado como institución cultural en el ámbito de la interpretación, análisis y apoyo a la creación del arte urbano en sus más diversas manifestaciones. En la fase más reciente y con gran éxito de público, ha incluido un espacio dedicado al Origami, convirtiéndose en el primer centro de este tipo inaugurado en España.

III. A modo de balance

La Zaragoza que, tras las primeras actuaciones desarrolladas en los años de la democratización cultural, parecía haberse estancado en lo referente a su creación y difusión cultural, parece que, en este último decenio, comienza nuevamente a despertar logrando aciertos singulares que podrían sintetizarse en tres ámbitos de actuación diferentes pero que, enhebrados unos con otros, han propiciado una cierta regeneración cultural.

Nos referimos a la creación de nuevos focos culturales en zonas urbanas y alejadas de los circuitos turísticos y culturales al uso —extramuros de la ciudad histórica— que han abierto nuevas posibilidades de uso y disfrute en el territorio urbano, como sucede con el Paraninfo de la Universidad y con el Centro de Historias, y que han modificado, en mayor o menor medida, el perfil urbano de esos lugares, tal y como se percibe con absoluta nitidez en los alrededores del éste último.

Se trata de actuaciones que, como decíamos, han ido completando, con mayor o menor énfasis, las tradicionales manifestaciones artísticas que podían y solían disfrutarse en la oferta cultural que ofrecía la Zaragoza de finales del siglo XX. Y no sólo se ha consolidado la oferta cultural tanto en el ámbito del arte histórico como en el del arte contemporáneo y las últimas tendencias, relacionadas además con la influencia de la tecnología en los nuevos medios de expresión artística y comunicación social, sino que con estas nuevas infraestructuras se completa muy bien la oferta turística tradicional de nuestra ciudad, más ligada al pasado que al presente. Una oferta que podrá ampliarse mucho más, en un ámbito poco cubierto en la capital aragonesa como es el de las ciencias, cuando el próximo otoño de 2014 la Universidad de Zaragoza inaugure en el Paraninfo su nuevo Museo de Ciencias Naturales.

Y junto a la diversificación de los lenguajes exhibidos, es preciso sumar la de los nuevos agentes y modelos culturales que durante estos últimos años se han añadido a la oferta mencionada y que, en síntesis, tienen que ver con la definitiva incorporación de la Universidad a la producción cultural y a la difusión de la alta cultura; con el nuevo modelo de gestión que se propone desde Etopia y desde la no menos interesante Fábrica de Chocolate, así como la irrupción de importantes instituciones privadas de alcance nacional como CaixaFórum en el panorama cultural local. Esta nueva situación seguro creará una positiva competitividad y estímulo y también posiblemente sinergias, de las que se beneficiará la sociedad aragonesa.

El balance general es, sin duda, satisfactorio. Sólo quedaría por considerar otras cuestiones que, quizás, escapaban al objetivo de este monográfico, pero que sin duda como profesionales del arte nos interesa plantear: ¿qué va a suceder con la gestión cultural a partir de esta situación de crisis?, ¿qué nuevos modelos deberemos ofrecer para superar por un lado las limitaciones derivadas de la grave situación económica que lastra el futuro de los centros públicos y el apoyo a la creación artística contemporánea?, y, además: ¿qué se puede hacer para atraer a más visitantes a estos centros y para conseguir que el acceso al arte, de cualquier época, se considere algo habitual en nuestra vida cotidiana, y no una práctica elitista y aislada de la realidad, como a veces es presentado sobre todo cuando se relaciona con la cultura contemporánea?

Se trata de una serie de retos que debemos afrontar con la seguridad de que no sólo el disfrute artístico nos hace mejores ciudadanos y personas más felices, sino que las ciudades logran un perfil más humano y una mayor consideración cuantos más y mejores espacios fomenten la cultura artística.

